



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PA 2011.
E8
348
N.2

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA DIABÓLICA TRINIDAD ⁽¹⁾

I

LA CUERDA VIVA

Quando en la mañana del día siguiente á aquel en que tanto hubo de trabajar se despertó el gran marqués, su primera impresión fué la de que había sido juguete de un sueño irrealizable.

En efecto, en la sala del Consejo que le servía de prisión todo estaba en orden. Nada había allí que pudiese demostrarle la realidad de los más recientes acontecimientos. Retortas, alambiques, vasos, matraces, todo había desaparecido. En el suelo, escrupulosamente barrido, de aquel calabozo modelo, no quedaba ni la más ligera huella de limadura de hierro, ni los cascos de las retortas rotas... Allí, cerca de él, Glorieta, según su costumbre, velaba en espera del momento en que el preso abriría sus ojos, para saludarle con filial ternura

(1) Copyright by Paul Féval fils, 1912 (*Le Radical*).

El marqués sintió algo parecido al miedo, y cerró de nuevo sus párpados, temeroso de abrirlos ante una realidad espantosa.

¿Sería posible que solo en sueño le hubiese visitado el mensajero de Catalina de Médicis? Las revelaciones de la sonámbula, el permiso concedido al carcelero, el ruido que produjera el leñador, su propia lucha contra el barroto de la izquierda de la tronera, sus esperanzas todas, vividas en orden escrupulosamente lógico, ¿eran no más que imágenes quiméricas generadas por un cerebro calenturiento?

Una especie de artesa de piedra, rellena de algas secas, servía de lecho al prisionero, que abrigábase con borra de lana, por no haberle parecido conveniente á su guardián Pedro Mirot, darle mantas como abrigo, de las que habría podido servirse para trenzar una cuerda.

Acostado vestido en lecho tan singular, Jacobo de Villanueva-Marsán no se decidía á levantarse aquella mañana, temeroso de una decepción que habríale sido muy penosa.

Con mano febril sondeaba el interior de la sobreveste, buscando allí un objeto que no podía encontrar, mientras que sin abrir completamente los ojos procuraba leer en el semblante móvil de su gentil guardiana.

Para un hombre como él, acostumbrado á sondear el alma humana, la cara de la mudita, que estaba bien ajena á la observación de que era objeto, debía resultar muy interesante por razón de lo que en ella pudiera leerse.

Glorieta estaba sin duda cansada; adivinábase el cansancio en su actitud un tanto postrada; en cambio en los ojos de la niña parecía refulgir una irradiación extraña; una claridad vivísima que no los animaba los otros días.

— ¡Por vida mía! — murmuró el marqués — voy convenciéndome de que no he soñado. Mi amiguita parece cansada, prueba evidente de que ha dormido poco. Es indudable que el viaje á Vaugirard se realizó... En el camino debe haber tenido un encuentro: con un joven sin duda, porque sólo las esperanzas amorosas ponen tanta luz en los ojos de las doncellas... ¡Pobre niña! ¡Quiera el cielo concederle toda la ventura que yo le deseo!

El marqués se estremeció de pronto. Su mano había en fin tropezado con el objeto que tanto buscara, que no era otro que la daga voluntariamente olvidada por Gaspar Mouvette, la daga-lima.

Sentóse el preso en su lecho de algas secas.

— ¡Por Dios vivo! — exclamó blandiendo el arma libertadora. — Bien decía yo que era imposible que hubiese soñado todo eso... Todo es verdad, por el contrario, ¡todo! y hoy debo escaparme...

Glorieta había retrocedido asustada al oír hablar al marqués á quien creía dormido. Pero repuesta al punto, acercóse enseguida y tendió al preso la hoja de marfil en la cual acababa de escribir dos palabras: « Prudencia, señor. »

— ¡Prudencia! — repitió él. — El momento en que el honor de Villanueva-Marsán está en peligro, no es

que digamos el más indicado para aconsejárnela, pobre niña. ¡Prudencia cuando mi mujer y mi hija llaman en su auxilio al único defensor que puede serles útil!... ¡Qué disparate! Tal vez me espera la muerte en el camino del deber; no importa, lo seguiré imperturbable. La muerte es preferible á una mancha en mi honrado nombre... ¡Saldré de aquí pese á quien pese!

Hablando así habíase enderezado terrible, implacable, pronto á deshacerse del osado que se interpusiera en su camino.

En los ojos de Glorieta habíase extinguido de pronto el extraño y blando fulgor que los animara poco antes. Olvidando por un momento á Sed de Amor, en los espejos del alma de la niña no se reflejaba en aquel instante otro sentimiento que el de la admirable abnegación.

— « Si habéis decidido huir — escribió — tened confianza en vuestra sierva, señor: yo os ayudaré ».

— ¡Cómo! ¿Tú accederías?...

— « Mi voluntad es la vuestra. Por salvar vuestra vida estoy pronta á dar la mía ».

Era tan espontánea, tan sincera, tan admirable la ofrenda de la niña, que dos lágrimas arrancadas por la sorpresa y la gratitud rodaron por el curtido rostro del preso. Luego, temblorosa aún la voz por la emoción, continuó:

— Y tú te sacrificarías por mí precisamente en el momento mismo en que el amor acaba de serte revelado... Porque tú amas, hija mía; tú amas; lo sé, lo veo...

La palabra amor impresionó vivamente á Glorieta. No comprendía su sentido. Sin detenerse á analizar los sentimientos que se disputaban la posesión de su alma, escribió en el marfil:

— « Pensad ante todo en los vuestros ».

Poco despues sintióse anegada de felicidad; era que el gran marqués, estrechándola en sus brazos, la besaba piadosamente en los ojos.

— ¡Cruz de Cristo! — exclamó admirado. — ¿Qué son todas mis pasadas hazañas comparadas con esta abnegación? Salga yo con bien de esta empresa, y te juro, niña, no tomar ningún reposo hasta haberte devuelto un poco de lo mucho que por mí has hecho y haces... Sí, no lo dudes; aun cuando seas en realidad lo que pareces, una gitanilla, juro á Dios que he de adoptarte... Te adoptaré ante Dios y ante los hombres y he de llevarte luego por la mano hasta la presencia de la marquesa de Villanueva-Marsán á la que diré si Dios me da vida: « Lloráis, señora una hija; he aquí una que es como sería la vuestra... tiene su misma cara, igual nobleza en su corazón; ahí la tenéis, os la doy rogándoos que la améis por el amor mío. »

Mecida sobre el amplio pecho del noble prisionero Glorieta lloraba dulcemente; la dicha inmensa que sentía deshacíase en lágrimas... Pero de pronto su mano, un momento perdida en el hueco de la basquiña, reapareció con un papel, un diminuto pliego cerrado que tendió al preso.

Apoderóse de él el marqués, lo abrió, y apenas puestos en él sus ojos hubo de estremecerse.

— ¿Quién te ha dado esto? — preguntó.

La niña se apresuró á escribir :

— « Lo he encontrado esta mañana en el escondite del tesoro ».

— ¡ Es indudable que triunfaré ! — dijo el marqués besando de nuevo con transporte á la mozuela. — Dios está conmigo.

¿ Qué decía aquel papel ? No lo sabemos. Lo cierto es que el marqués y Glorieta trabajaron juntos todo el día en la confección del cordaje necesario para la evasión. Todas las prendas de que el preso podía disponer, incluso su camisa, se emplearon con este objeto ; de Glorieta sólo fué aceptada la manteleta.

Un chirrido apenas perceptible que llegaba de lo alto había hecho levantar la cabeza á Sed de Amor y á Diógenes, tumbados ambos en la cresta del muro de cintura más próximo á la torre, y al joven, petrificado de horror, parecióle que su corazón dejaba de latir.

Motivo había para ello. Un barrote de la ventana abierta en el último piso de la torre acababa de desaparecer ; luego cayó á lo largo de la pared una cuerda delgada, multicolor, y un hombre, saliendo por la tronera, agarrado á la frágil cuerda se balanceaba sobre el abismo.

El busto de aquel hombre aparecía desnudo. Con una mano manteníase sujeto á la cuerda, mientras con la otra sujetaba su barba y cabellos blancos que le impedían ver debajo de él el fondo del patio.

Indudablemente aquel hombre procuraba darse

cuenta del sitio en el cual iría á caer ; pero entre su mirada y el suelo interponíase el balcón voladizo que daba vuelta á la torre á la altura del tercer piso.

La cuerda era rugosa, llena de nudos, rudimentaria ; para llegar hasta el balcón faltábanle unos diez pies.

Ponía espanto en el alma ver á aquel desdichado anciano, magnífico de audacia, suspendido á más de sesenta y cinco pies del suelo. El caballero habría querido prevenirle del peligro que le esperaba abajo ; pero ¿ cómo hacerlo ? Porque gritar hubiera sido lo mismo que dar la voz de alarma á los bandidos que debían hallarse apostados en el cobertizo de la fragua.

Tal vez Diógenes iba á ladrar... Sed de Amor le tocó el hocico imponiéndole silencio con un gesto. Era inútil ; el excelente perro había visto ya al hombre de la cuerda, pero adivinando en él un amigo, seguía con avidez sus movimientos limitándose á mover enérgicamente la cola en signo de alegría.

— ¡ Hasta muy pronto, hija mía ! — hubo de decir el preso al deslizarse por la cuerda.

Bernardo oyó aquella frase y se preguntaba á qué hija podía referirse el preso. Poco duró su ignorancia. En la tronera, por encima del nudo de la cuerda, apareció un semblante aureolado por blanca cabellera.

A punto estuvo el caballero de gritar :

— ¡ Glorieta !

Pero se contuvo pensando en las consecuencias que podía acarrear un grito imprudente.

Deslizábase en aquel momento el prisionero á lo largo de su frágil soporte, y empujado por el fuerte

viento del crepúsculo, su cuerpo iba adquiriendo peligroso movimientô de péndulo.

El verdadero peligro para el fugitivo comenzó al legar sus manos al extremo de la cuerda. ¿Cómo dejarse caer á la distancia á que aún se encontraba del balcón? ¿Estaba seguro de caer dentro de este? No: y esta inseguridad era precisamente la causa de su irresolución.

Sed de Amor lanzó en aquel momento una interjección sonora.

— Diríase — pensó enseguida — que esa cuerda se alarga... Sí, sí... El hombre baja, ¡vientre del diablo!... ya casi toca al balcón...

El inexplicable fenómeno le impulsó naturalmente á levantar la vista hacia la tronera.

— Cualquiera pensaría — dijo — que es un añadido de oro el que le han puesto.

Entretanto el marqués, sin preocuparse de cómo la cuerda podía alargarse, aprovechóse de aquella milagrosa circunstancia logrando poner el pie en el balcón del tercer piso de la torre. Una vez allí apoyóse en la balaustrada de piedra é inclinándose hacia fuera, hizo de sus manos pabellón ante la boca y moduló un ligero silbido.

Debía ser sin duda una señal convenida entre él y la hija del llavero, porque Sed de Amor pudo ver enseguida cómo dos lindas manos atacaban el nudo que servía de unión á las partes multicolor y dorada de la cuerda.

Apretado por el peso de un hombre, aquel nudo era

difícil de deshacer. Las lindas manos se impacientaban. Por fin lograron vencer la dificultad, y la primera porción de la cuerda cayó serpenteando mientras que la otra subía un poco hacia la tronera quedando luego en equilibrio.

Incapaz de comprender lo que veía, el caballero de Arma, olvidándose del preso, contemplaba atónito el misterioso cordón de oro cuando éste desapareció por completo siendo reemplazado por el angelical semblante de Glorieta una de cuyas mejillas veíase llena de sangre.

Bernardo comprendió entonces.

La admirable joven acababa de cometer una locura heroica, sin precedente, coronada por el éxito.

Adivinando que la cuerda no era bastante larga, apenas se lanzara fuera el marqués había ella anudado á la misma sus propios cabellos, facilitando de este modo el descenso del marqués á costa de horribles sufrimientos, de dolores que debieron ser intolerables.

Sed de Amor estaba admirado. No concebía, no acertaba á concebir tanto heroísmo y abnegación tanta en una criatura tan delicada. A serle posible hubiérase arrodillado para adorarla.

Un gruñido de Diógenes, sacándole de su admiración, hubo de recordarle el objeto de su presencia en aquel sitio.

Su mirada descendió con presteza en busca de aquel á quien no debiera haber abandonado, y ya no lo encontró en el balcón del tercer piso, sino mucho más abajo, otra vez al extremo de la tira de telas torcidas.

Parecía como si el hombre buscara un punto de apoyo en la muralla vertical, con deseos de alejarse de la chimenea humeante para dejarse caer en el techo del cobertizo; y era allí precisamente donde iba á comenzar la fase más terrible de su vertiginoso viaje.

Porque es de advertir que en el patio, silencioso y desierto un momento antes, las cosas habían cambiado por completo en pocos segundos.

Los que ocupaban el interior del cobertizo habían sin duda oído el ruido de la cuerda al caer ésta en el balcón, y en el acto cesó de funcionar el fuelle de la fragua que hasta entonces estuviera en movimiento.

Unos cuantos hombres vistiendo como los forjadores y armados de modo heterogéneo, con martillos, con pinzas, con barras de hierro y tridentes enrojecidos salían arrastrándose de aquella casita, pegada como un hongo á la torre inmensa, y mirando con precaución hacia lo alto para no ser vistos, alineábanse al abrigo del borde del tejadillo.

Solo uno de ellos, Pielnegra, conocible por su hercúlea constitución y su facies de bruto, permaneció apostado bajo la bohardilla. Tenía en su mano pesada cadena, con clavos en la punta, de la que se prometía sin duda servirse á modo de látigo de guerra.

Si Gaultfarault, muy ocupado en otra parte, se hubiese hallado en el sitio que ocupaba nuestro caballero, fácil le hubiera sido designar por sus nombres á aquellos bandidos de caras patibularias que esperaban ocultos á un hombre solo y desarmado. Allí estaban en efecto Nataniel el leproso, sin su ordinario aspecto de

viejo ochentón; y Fargas el fingido idiota, y Cuello azul el mal ahorcado; y el hidrocéfalo la Bola; y Miguel el Chulo; y por último, Ripaudier, duque de Egipto.

El espectáculo de aquellos hombres esperando silenciosamente en la sombra la aparición de su víctima mientras ésta, suspendida en el aire tomaba con prudencia sus disposiciones para saltar sobre el tejadillo, era de los que hielan la sangre en las venas de quien lo contempla.

Los miserables confiaban en una caída inevitable; estaban seguros de que su horrible trabajo se reduciría á golpear á un hombre caído e indefenso.

Bernardo sufría horriblemente; su forzada inmovilidad le desesperaba. No era posible que permaneciese allí inactivo cuando corría gravísimo peligro el gran marqués, el padre de Solange.

Si, pero ¿cómo llegar hasta el fugitivo? ¿Saltando al patio? La altura no lo hubiera ciertamente detenido; pero ¿cómo franquear la infranqueable barrera de picas?

¿Qué hacer? ¿Por qué había llegado hasta allí? Abrasábale la fiebre, y la sangre afluía con fuerza á su cerebro golpeándole con tenacidad el cráneo. Presa de violenta desesperación retorcia sus brazos, aquellos brazos inútiles que hubiera deseado emplear en servicio del preso que pretendía conquistar su libertad al precio de su vida.

Mirábalo Diógenes. Hubiérase dicho que el noble animal se extrañaba de que aún no le hubiesen dado permiso para emplear en algo útil sus afilados colmillos.

Una idea iluminó de pronto el entenebrecido cerebro de Bernardo. ¿Qué hacía Glorieta?

Esta inclinábase en la tronera y le hacía señas. ¡Lo había visto! La mano izquierda de la muchacha se crispaba sobre la tela de su corpiño en el sitio del corazón, mientras con el brazo derecho tendido señalábale hacia el patio.

Estaba hermosa como nunca en aquella actitud, y la feroz energía de su ademán expresaba con tal elocuencia lo que desde un momento antes constituía el fondo del pensamiento de Bernardo, que éste se puso en pie de un salto, y dióse á correr por la cresta del muro.

Tal vez dando la vuelta al patio tropezaría con algún rincón olvidado por el ingeniero autor de la barrera de picas. Siguió el perro el movimiento, sin comprender la utilidad de aquel peligroso ejercicio que se parecía á una fuga, y así desaparecieron ambos tras la torrecilla del ángulo sudeste de la fortaleza, sin ser vistos por los bandidos.

Sin dejar de correr, Sed de Amor miraba hacia el suelo pensando en la posibilidad de encontrar un espacio libre, aunque no fuera más que de dos pies, en el cual pudiera saltar.

— Con tal — decía — de que el marqués no se decida á saltar antes...

Parábase de vez en cuando á escuchar, y no oyendo nada, continuaba su marcha más tranquilo.

Detúvose de pronto, dilatadas las pupilas, cubiertas las sienas de sudor. ¿Para qué ir más lejos? Hubiera sido trabajo inútil. Vea ante él la empalizada de

troncos que separaba el patio llamado de la reserva del de los proveedores, guarnecida, por un lujo de precaución, con una red de palos cortados en punta, que hacían imposible llegar hasta ella so pena de quedar ensartado.

Allí permanecía inmóvil, irresoluto, descorazonado, cuando hubo de sentirse sacudido en forma tan violenta que á punto estuvo de caer sobre la formidable y aguzada barrera. Extraños ruidos procedentes del lado opuesto de la fortaleza llegaban distintamente hasta sus oídos. Creyó oír algo así como la caída de un cuerpo pesado, luego rumor de hierros que se entrechocan, rápidos, golpes sordos, pero ni una voz, ni un grito.

La duda no era posible. Allí, cerca de él, del otro lado de la torre se peleaba. El marqués se defendía sin duda; pero ¿con qué armas?

Dando un salto atrás, el caballero pasó por encima del perro quien á su vez dió media vuelta y ambos reanudaron su carrera vertiginosa recorriendo en sentido inverso el camino que poco antes siguieran por la resbaladiza crestería.

Al dar vuelta á la torrecilla de la esquina, el caballero de Arma pudo ver enseguida al cautivo apoyado en uno de los postes sostenedores del cobertizo. Por su torso desnudo corría la sangre, que manchaba asimismo sus blancos cabellos; en su mano derecha brillaba la hoja dentada de un puñal que debía causar heridas mortales.

En torno del fugitivo, armados de instrumentos abominables, formaban siniestro círculo seis de los bandidos: el séptimo agonizaba en el suelo.

Esta primera víctima, un agonizante ó un muerto, llevaba en la cara tan horrible herida que no era fácil reconocer en aquel semblante desfigurado el de nuestro conocido Nataniel el leproso, uno de los dignatarios del reino del Argot.

Pero ¿por qué callaban todos? ¿Por qué la feroz lucha había comenzado y se continuaba en el silencio? Entre los asesinos y su víctima había algo así como una tácita inteligencia. Ni aquéllos ni ésta querían hacerse oír. Si la alarma se producía, los bandidos tendrían que darse á la fuga dejando su obra inacabada, por lo que no recibirían el precio estipulado, y el marqués por su parte veríase reintegrado á su prisión.

En el momento en que Sed de Amor ponía los pies sobre la puerta blindada, los asesinos, todos á una, se lanzaban de nuevo contra el señor de Villanueva-Marsán.

— ¿Tendré que presenciar cómo lo matan en mi presencia? — se preguntaba el joven en el colmo de la exasperación. — ¡No, no! Diógenes y yo iremos en su auxilio...

Su férrea mano empuñó las lanas del perro.

— ¿Quieres salvarle, Diógenes? — le preguntaba, como si hablase con una persona.

Y los ojos del animal parecían decir que sí, mientras su cola movíase impaciente.

Entonces Bernardo lo levantó, imprimiéndole un movimiento de balance, y distendidos de pronto sus músculos, salió el perro disparado, como la piedra de una honda, pasando por encima de la barrera de picas...

II

EN EL QUE MATRACA BUSCA EL LUVRE

El mulo de que el escudero Matraca era propietario paseaba por las calles de París el cadáver del infortunado Juan du Gaz, el miñón herido de muerte — al parecer — por la espada del temerario provocador del duque Rolando.

Ya sabemos que, por orden de Salem-Kebir, á quien Cortomontel llamaba el diablo, el pobre Matraca hubo de acomodar el cadáver sobre su mulo, disimulándolo después lo mejor que pudo y supo con auxilio de los efectos de vestir pertenecientes á su compañero de la última noche, efectos que, como también sabemos, constituían el guardarropa con ayuda del cual el extraño y temido malhechor hubo de adquirir siniestra notoriedad, vistiendo espantajos que eran tomados por las gentes de su banda por aquellos pacíficos y temerosos viandantes á quienes el hombre atacaba en plena carretera.